

III Domingo del Tiempo Ordinario (21-01-24)

Domingo de la Palabra

Homilía de Monseñor Castillo

(Transcripción)

Hermanos y hermanas:

El Domingo de la Palabra significa celebrar la humildad y la sencillez de la Palabra que Jesús nos comunicó, y nos sigue comunicando, siendo Él mismo la Palabra del Padre, que nos permite a todos entender que el Señor se coloca en nuestra situación. Todos fuimos creados por su Palabra, y todos también, en cierto modo, somos palabra. Por eso es que las palabras de los demás o las palabras que decimos nos pueden estremecer, nos pueden hundir, nos pueden alegrar, nos pueden embellecer. Y eso depende siempre de qué palabra decimos para que podamos vivir, porque vivimos en el fondo de la palabra, y hay palabras que, si no tenemos cuidado, pueden matar.

Por eso, hoy día, el Papa ha querido que tengamos esta celebración para rendir culto a la Palabra, porque Él es la Palabra hecha carne. Él ha hecho que todos sus designios, sus planes, sus sueños, los sueños de Dios, se metan en nosotros de alguna manera siendo “palabra” nosotros; de alguna manera tenemos algo de Dios, sobre todo, porque ya estructuralmente todo nuestro ser está hecho para amar y la palabra es relacionarse, hablar. *“En el principio existía la Palabra y la Palabra estaba dirigida hacia Dios”*, estaba hablando con Dios. Y, por lo tanto, la comunicación es fundamental en nuestras vidas y, sobre todo, la comunicación profunda, la comunicación alegre, la comunicación honda capaz de introducir en nuestras vidas el sentido de las cosas y de realizar todo lo que hacemos con palabras que tengan sentido.

Y uno de los grandes problemas que tenemos, hoy día, es que o decimos palabras solamente de cálculo, números, y empezamos a superficializar las cosas o, luego, decimos palabras por decir, porque nos “salen del hígado” o nos salen de donde sea y, entonces, no sabemos hablar. No sabemos hablar, no porque no sepamos articular la letra, sino porque nos toca decir las palabras adecuadas y justas en cada momento, y eso es difícil. El ser humano tiene que hacer el esfuerzo de escuchar al Espíritu que hay en él, mucho más el cristiano, para aprender a anunciar la Palabra. Y no solo anunciarla explícitamente cuando vamos a explicar el Evangelio, sino con el testimonio mismo de nuestra vida.

En esta imagen preciosa de la Virgen de Altagracia, tenemos un resumen de cómo aquella que recibió la Palabra en su ser, ha dejado tanta huella que nos sigue hablando con su testimonio. Y, por eso, acá tenemos también distintas vírgenes, como en México, con la Virgen de Guadalupe. Y aquí nosotros tenemos varias en realidad que se han juntado (de Fatima, el Carmen, las Mercedes, etc), porque aquí se concentró todo en Jesús, el Señor de los Milagros. Y detrás de Él está la Virgen de la Nube, que en el mundo es poco conocida y que demoraría mucho en explicar por qué es la Virgen de la Nube (pero es la Virgen María, lo que importa es eso).

Hoy es un día en el cual el Papa nos habló hace seis años, y convendría que, en este recuerdo, porque él fundó el Día de la Palabra, también escuchemos lo que él nos dijo y recojamos algunas de sus enseñanzas. En este camino nos toca siempre decir lo que a nosotros nos corresponde, pero como él lo dijo para nosotros, con mucho cariño para nosotros, algunas cositas convendría recoger:

Dice el Papa en la misa del aeropuerto de Las Palmas:

“Cuando arrestaron a Juan, Jesús se dirigió a Galilea a proclamar el Evangelio de Dios. A diferencia de Jonás, Jesús, frente a un acontecimiento doloroso e injusto como fue el arresto de Juan, **entra en la ciudad**, entra en Galilea y **comienza desde ese pequeño pueblo** a sembrar lo que sería el inicio de la mayor esperanza: **El Reino de Dios está cerca**, Dios está entre nosotros. Y el Evangelio mismo nos muestra la alegría y **el efecto en cadena** que esto produce: comenzó con Simón y Andrés, después Santiago y Juan (cf. Mc 1,14-20) y, **desde esos días, pasando por santa Rosa de Lima, santo Toribio, san Martín de Porres, san Juan Macías, san Francisco Solano, ha llegado hasta nosotros** anunciado por esa nube de testigos que han creído en Él. Ha llegado hasta nosotros [hasta Lima] para comprometerse nuevamente como un renovado antídoto contra la globalización de la indiferencia. Porque ante este Amor, no se puede permanecer indiferentes”.

El Papa puso un acento, hizo una actualización: El Señor sale, entra a Galilea, se dirige a los discípulos, estos también van entonces a salir y a caminar con Él, y después nos pone a San Martín de Porres, a Santa Rosa de Lima y a toda esa “nube de testigos” que nos llaman a todos nosotros a ser también testigos de la Palabra. No es cuestión de hablar simplemente del Evangelio, sino asumir la Palabra en uno mismo, en cada uno de nosotros y en toda la comunidad para ser testigos.

Quizás nos podemos preguntar como Iglesia, después de seis años de la venida del Papa, ¿cuánto ha avanzado

nuestro testimonio como Iglesia en Lima desde el paso del Señor por nuestra ciudad? ¿Cuánto hemos mejorado como ciudad? Y, justamente, él llegó en la semana de Lima, el Papa llegó al siguiente día, el 19 (el 18 se celebra el día de Lima) y, justamente, nos habló para que convirtiéramos a Lima. Es una primera tarea que el Papa quería desde que nos encomendó esta misión, que en Lima se realizara el proyecto de la Iglesia en salida.

Al siguiente año, también, un día 19 de enero, nos invitó a hacer la misión de servir a que Lima se convierta realmente en lo que fue siempre: Iglesia misionera. Y aquí Santo Toribio Mogrovejo salió por todos lados a predicar el Evangelio y a acercarse a la gente.

Esta cercanía del Reino es lo que anuncia el Señor y es lo que nos ha venido a anunciar hace seis años el Papa, y tenemos que revisar cómo estamos en vivir el Reino de Dios hoy día en nuestra ciudad.

Hay muchos signos de que estamos avanzando. El primer signo fue en medio de la Pandemia que nos llegó inmediatamente después de la primera asamblea sinodal. Y la respuesta de ustedes fue maravillosa: empezamos a ayudarnos mutuamente con una Cáritas que estaba desarrollada, pero no suficientemente para una situación así, pero se generó enormemente con la solidaridad de todos. Este es un punto de partida muy importante porque hemos hecho caso a las palabras del Papa, hemos introducido en nosotros esa capacidad solidaria.

Ayer mismo hicimos la Confirmación de los chicos que venían todos los domingos durante un año, y todos los padres de familia se pusieron de acuerdo y han dado como diez enormes canastas para que ayudemos a las ollas

comunes. Y eso es un signo importante que tenemos que seguir.

Y hay otros signos, inclusive, que no son dentro de la Iglesia, pero que están haciendo eco de la palabra del Papa: inundar la ciudad de alegría. Y allí tienen a los jóvenes bailarines y danzantes en toda la ciudad los domingos. Ustedes amigos que vienen como turistas de la República Dominicana (y que nos acompañan en la Misa de hoy) pueden ver las plazas grandes y los chicos están allí bailando. El baile significa algo así como la expresión de la alegría del Evangelio que está presente en la ciudad porque Dios la ha recorrido, el Señor ha recorrido la ciudad, el Señor camina por la ciudad con sus discípulos, dice el Papa. Y eso es verdad, pero también deja una huella y esa huella se reproduce, inclusive, si la gente no viene mucho a la Iglesia, pero allí donde está, introduce la alegría. El Papa dice: “En tu rinconcito introduce la alegría, la alegría de que Dios está presente”.

Y terminemos. La muerte de Juan es un ejemplo de un tiempo en Israel en el cual se hablaba de Dios, pero no se veía en concreto dónde estaba. Por eso, los discípulos, la semana pasada, preguntan: “Señor, ¿dónde vives? ¿Dónde has estado?” Porque podemos ser una ciudad muy religiosa o un país muy religioso, pero podemos no dar testimonio de ese Dios.

Yo les conté una vez, hace unas cuantas prédicas, que una persona de alto nivel en la sociedad me decía: “Yo tengo a mi Señor de los Milagros guardado en el ropero, le hago sus misitas y después me hace todo lo que yo necesito y quiero”; es decir, lo tenía como su “dios de bolsillo”, y eso no es de cristiano. Es curioso porque se le rinde culto al Señor de los Milagros, pero lo usa para sus propias cosas.

Es verdad que nosotros necesitamos cosas muy importantes que le pedimos al Señor, pero no es que tenemos a raya al Señor como un “dios de bolsillo”. El “dios de bolsillo” es el “dios dinero”, el Señor no es un “dios de bolsillo” que usamos según nuestros intereses, **nosotros acogemos su voluntad**. ¿Y cuál es su voluntad? **Que Dios reine**, no solamente que Dios exista o esté petrificado ahí.

Por eso, en el Padrenuestro, ¿qué decimos? Decimos: “¿Padrenuestro que estás en el cielo, quédate ahí?” ¡No! **Que venga tu Reino a esta tierra y que se encarne el Reino en nuestra vida**. Evidentemente, algún día nosotros nos moriremos, nuestra alma irá al cielo, esperará ahí hasta que haya la Resurrección, pero nosotros no solamente luchamos por la salvación de nuestra alma individual. Todos los cristianos anuncian el Evangelio porque **nuestro Señor nos llama anticipar ese Reino en esta tierra**, porque hay demasiadas injusticias y males y, por lo tanto, nosotros tenemos el deber de hacer lo que hizo Jesús: anticipar el Reino **en un mundo en donde la gente hablaba de Dios, pero no se notaba la presencia de Dios**. Los sacerdotes exigían a la gente holocaustos y sacrificios, ir al templo todo el santo día y estar gastando el dinero en cantidades en chamuscar los bueyes, las reses, las ovejas y las cabras. Pero de ninguna manera había eso que dice el Señor muy claramente en el propio Evangelio de Marcos: **“Misericordia quiero y no sacrificios”**. Misericordia quiero y no muchos cohetes que me revienten, ni muchos aplausos.

El Señor quiere que seamos a imagen y semejanza de Él, que es **misericordioso, que es un Dios que jamás nos abandona**. Y, por eso, como el Reino está presente

significa que Dios no ha abandonado a su gente, siempre ha estado y está. Y el Señor viene a patentar eso, a decir públicamente que está entre nosotros, que el Reino está aquí presente potencialmente y hay que suscitarlo. Y, por eso, Jesús empieza a anunciar el Reino, y si está cerca hay que anunciarlo y hay que dar la alegría de que está ya presente y hay que empezar a crear formas de ***expresar ese Reino en solidaridad, amistad, cariño, en lindas palabras, tratamiento bueno, no desprecio, no racismo, no machismo, e ir cultural, social y políticamente cambiando.***

Y, por esa razón, este Evangelio que nos comentó el Papa nos invita a todos, entonces, a salir también. Terminemos con las palabras del Papa:

“Jesús sigue caminando por nuestras calles, sigue al igual que ayer golpeando puertas, golpeando corazones para volver a encender la esperanza y los anhelos: que la degradación sea superada por la fraternidad, la injusticia vencida por la solidaridad y la violencia callada con las armas de la paz. Jesús sigue invitando y quiere ungirnos con su Espíritu para que también nosotros salgamos a ungir con esa unción, capaz de sanar la esperanza herida y renovar nuestra mirada.

Jesús sigue caminando y despierta la esperanza que nos libra de conexiones vacías y de análisis impersonales e invita a involucrarnos como fermento allí donde estemos, donde nos toque vivir, en ese rinconcito de todos los días”.

Hermanos y hermanas, dejémonos llevar por la Palabra, seamos sus testigos y enriquezcamos nuestra vida siempre confrontando el Evangelio. No debe haber un solo católico que no tenga en su mesa de noche los Evangelios o la Biblia, y que la lea todos los días, aunque sea un pedacito, para inspirarse y para conocer al Jesús, al Señor de los Milagros que cargamos pero que tenemos que conocer con todos sus hechos y, por eso, nos han dejado el Evangelio para nutrirnos de Él.

Que Dios los bendiga a todos y a las hermanas que nos han traído esa preciosa imagen de la Virgen de Altagracia. Que Dios nos bendiga y nos ayude y que Santo Padre tenga muchos años de vida todavía para guiar a la Iglesia por este camino santo y verdadero de amor.